Lagunas
KARL EDWARD WAGNER

LAGUNAS

KARL EDWARD WAGNER



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Estaban descansando, todavía unidos, en el baño de pino, mientras el agua borboteaba alrededor de sus cuerpos. Elaine observaba cómo el cálido vórtice atrapaba serpentinas de su semen, las hacía girar como confeti hervido y las engullía a través de la turbulencia.

«Me he corrido», pensó.

-Me siento renacida -dijo Elaine.

Allen le besó la base del cuello y frotó sus pezones con las yemas de sus dedos.

-Tus pechos se están volviendo tan llenos. ¿Estás tomando más estrógenos?

Su pene, entumecido, aún embadurnado en vaselina, le hizo cosquillas al salir del culo de Elaine. La mano derecha de Allen se movió en el agua cálida y recogió las últimas gotas de orgasmo del fláccido carajo de Elaine. Gentilmente, le dio la vuelta, la besó amorosamente, introduciendo profundamente la lengua en su boca.

-Ven -dijo Allen, interrumpiendo su beso.

Presionó los hombros de Elaine, introduciéndola con fuerza bajo la espumosa superficie. Ella aflojó sus rodillas, y se hundió en el agua que borboteaba alrededor de las caderas de Allen. Mientras las manos de Allen se apoyaban en su nuca, Elaine abrió la boca para aceptar el resbaladizo carajo de Allen. Saboreó el dulce sabor de su propia mierda mientras lo succionaba entero. El carajo llenaba su boca, agrandándose de repente, endureciéndose mientras ella se lo introducía profundamente en la garganta.

Elaine jadeó y trató de sacárselo, pero las manos de Allen forzaron su cabeza hacia su vello púbico. El agua llenaba la nariz de Elaine mientras se ahogaba. Mordió, llevada por un reflejo incontrolable. El carajo cortado de Allen, desprendido de la base, se replegó hacia adentro, pasando su garganta y abriéndose camino hacia su laringe.

Elaine se liberó de las manos de Allen. La sangre anegaba sus pulmones, brotaba de su boca en una fuente obscena mientras su cabeza se dirigía a la superficie. Pero su cabeza no podía alcanzarla, no importaba lo desesperadamente que combatiera. Había una negra capa resistente que la separaba del aire, que se cerraba como cera en torno a su cara, que devolvía el vómito a sus pulmones.

Un vórtice de sangre y semen tragó su alma en sus calientes profundidades.

Lo primero que oyó fue un monótono chit-chit-chic, como hojas de otoño contra la ventana. Notó una brusca presión contra su abdomen: el vómito expulsado por su boca. Jadeaba.

Abrió los ojos. La capa de negrura pegajosa había desaparecido. -Maldita mierda -dijo Blacklight, limpiándole el vómito de la nariz y la cara-. No vuelvas a intentarlo sola.

Elaine la miró en silencio. El oxígeno regresaba a su cerebro.

Junto a ella, en la alfombra, se encontraba la máscara de cuero negro. Tenía cortadas las cintas y lazos. La mordaza en forma de falo que tenía adosado, casi arrancado de un mordisco, estaba cubierta de vómito. Un cinturón de cuero con pinchos, también cortado, estaba enrollado sobre la máscara.

-¡Jesús! -dijo Blacklight-. ¿Estás bien ya?

La estaba envolviendo en una manta, atareado en hacerlo. Había un zumbido en alguna parte, en su cabeza o en su pelvis.... no estaba segura. Los recuerdos regresaban.

-Soñé que era un hombre -dijo ella, forzando su garganta a hablar.

-De puta madre. Casi soñaste que estabas muerta. Tuve un amigo en Vietnam que solía hacer este tipo de tonterías. Llevaba dos días muerto cuando lo encontraron.

Elaine alzó la cabeza y miró la barra con la cadena montada en lo alto de su puerta. La máscara de cuero con su mordaza y su venda (privación sensorial y depravación sensual) mantenían el mundo a raya. El extremo libre del cinturón, enrollado en torno a su cuello, debería haberse soltado cuando ella se desmayara por falta de oxígeno. En cambio, su hebilla se había enrollado con las complejas hebillas de la máscara aprisionadora, no liberándola, sino casi

asfixiándola. Los amigos que la habían enseñado cómo experimentar visiones de realidades internas a través de este método la habían advertido, pero hasta ahora no había habido problemas. No peores que con el aparato inversor.

-Te oí pataleando en el suelo -explicó Blacklight, tomándole el pulso. Había sido médico en el ejército hasta que terminó en la Sección ocho: no había futuro para un médico de dos metros de altura en los arrozales-. Pensé que tal vez estabas follando con alguien, pero no me dio esa impresión. Eché la puerta abajo.

Buen trabajo a través de dos cerrojos y una cadena, pero Blacklight podía hacerlo. Su vecino en el dúplex se había marchado la semana pasada, y la pizzería de la planta baja estaba siendo reconvertida en un restaurante vegetariano. Elaine podría haberse quedado allí, muerta en el suelo, hasta que sus gatos le pulieran los huesos.

-Soñé que tenía carajo -dijo ella, frotándose el cuello.

-Tal vez aún lo tienes -le contestó Blacklight. Se miró las manos y entró en el cuarto de baño para lavárselas.

Elaine se preguntó qué querría decir, y entonces recordó. Extendió la mano para desconectar el vibrador del grotesco pene artificial que se había colocado alrededor de la pelvis. Enrollándose en la manta, logró ponerse en pie y esperó a que Blacklight saliera del baño.

Cuando se quitó el resto del traje y se lavó, se puso un kimono de seda china y fue a buscar a Blacklight. Se sentía poco cohibida. Entre la heroína barata en el Nam y el ácido del Haight, el cerebro de Blacklight había permanecido hecho polvo la mayor parte de su vida. Era más digno de confianza para las entregas que los colombianos, y los viejos contactos le apoyaban a él y a su hábito.

Blacklight estaba de pie en el centro de su estudio, mirando con incertidumbre un lienzo sin terminar: el desván era poco más que una habitación grande con unas cuantas estanterías y tableros para dividir el espacio.

-Será mejor que mires más de cerca a tu modelo, ¿o es que tienes a una rareza?

El lienzo tenía el tamaño de una pared. Lo habían encargado originalmente en un bar de homosexuales que había cerrado, y por eso no había conseguido venderlo.

-Los huevos no cuelgan uno al lado del otro de esa forma -señaló Blacklight-. Uno cuelga un poco más bajo. Incluso una tortillera debería saberlo.

-No está terminado todavía -dijo Elaine. Miraba la bolsa de polvo blanco que Blacklight había depositado sobre su bar.

-¿Quieres saber por qué?

-¿Qué?

-Por qué no cuelgan juntos.

-¿Quién no?

-Tus huevos. Uno se separa del otro cuando cierras las piernas.

-Magnífico -dijo Elaine, metiendo un dedo en el polvo.

-¿Te gusta?

-El asunto de los huevos.

Elaine saboreó un poco de coca, lamiendo la yema de su dedo.

-«Perico» peruano de primera -prometió Blacklight, olvidando el tema previo.

Elaine se llevó una muestra a la nariz. La resonante amargura de la coca le hizo olvidar los residuos del vómito. Buena mierda.

-Es como el Yin y el Yang -explicó Blacklight-. Bien y Mal. Luz y Oscuridad.

No se corrige a un tipo más grande y más loco que una. Blacklight cerró los puños.

-¿Has oído la historia de Amor y Odio?

En los nudillos de su puño derecho estaba tatuada la palabra AMOR; en los de la izquierda, ODIO.

Elaine había visto La noche del cazador y no se dejó impresionar.

-¿Una onza?

-Una cosa rara -Blacklight boxeaba consigo mismo-. Tienen que estar separados, el Amor y el Odio, pero no pueden evitar acercarse y tratar de ver cuál de los dos es el más fuerte.

Elaine abrió el cajón bajo su teléfono y contó los billetes que había preparado antes. Blacklight olvidó su personificación de Robert Mitchum y aceptó el dinero.

-Tengo cinco cuadros por terminar antes de que inauguren mi exposición en Soho, ¿sabes? El mes que viene. Estamos a finales de mes. Tengo el culo jodido y ando seca de inspiración. Así que dame un respiro y lárgate ahora, ¿de acuerdo?

-No intentes pasarte con esa mierda -avisó Blacklight.

Dobló su grueso cuello para considerar otro lienzo inconcluso. Le recordaba a alguien, pero olvidó a quién antes de poder formar el pensamiento.

-El cerebro es igual que los huevos, ¿lo sabías? -recogió el hilo de la última conversación que pudo recordar.

-No, no lo sabía.

-Dos pelotas rodando en el interior del cráneo -dijo Blacklight, juntando los puños-. Nadan en el cráneo una al lado de la otra, igual que los cojones en el escroto. ¿Por qué hay dos mitades en el cerebro en vez de sólo una masa grande como, digamos, el corazón?

-Me rindo.

Blacklight se frotó los puños.

-Por que así no chocan, ya ves. Tienen que estar separados. Amor y odio. Yin y Yang.

-Mira, tengo que trabajar.

Elaine sacó un gramo de la bolsa y la colocó en línea sobre la superficie de cristal de la mesa de café.

-Claro. ¿Seguro que estás bien?

-No más viajes anóxicos con máscara puesta. Y gracias.

-¿Tienes una cerveza?

-Mira en el frigorífico.

Blacklight encontró una St. Pauli y soltó la tapa con el pulgar. Elaine pensó que parecía un Wookie de barba negra.

-Tuve un amigo en el Nam que se mató intentando eso -recordó de repente Blacklight.

-Ya me lo has dicho.

-Mira, sea 1o que sea lo que te coloque, no dejes caer el martillo cuando no tengas intención.

-¿Quieres una raya?

-No. Paso de eso. Te estropea el cerebro -los ojos de Blacklight brillaron en un esfuerzo por concentrarse-. Paso de todas las condenadas drogas. De todas ellas.

-Viejas cicatrices lucharon contra los tatuajes cuando alzó el brazo para acabar la cerveza-. ¿Estás segura de que está bien? -Sacó una nueva cerveza de detrás de la ensalada de atún. Elaine era unos treinta centímetros más baja y pesaba casi cincuenta kilos menos. Los músculos producidos por el aeróbic no eran suficientes para asustar a Blacklight.

-Mira, estoy bien. Gracias. Deja que vuelva al trabajo. Voy retrasada y ésta es una ciudad verdaderamente jodida.

-¿Quieres anfetas?

-Ya tengo. Mira, creo que voy a vomitar un poco más. ¿Quieres dejarme sola?

Blacklight se metió la botella de cerveza en el bolsillo de su camisa.

-Me marcho.

Se dirigió hacia la puerta. La botella de cerveza no parecía mayor que un bolígrafo en su bolsillo.

-Oh -dijo-. Puedo conseguirte algo mejor. Algo nuevo. Quita las zonas en blanco de la cabeza. Acabo de hacer un contacto con un tipo que está dedicado a diseñar drogas. Un tipo raro. Trabaja en una nueva especie de anfetas.

-Dame unas pocas -dijo Elaine, abriendo la puerta. Necesitaba dormir una semana entera.

-Te veré más tarde -prometió Blacklight.

Se detuvo a mitad de camino, y rebuscó en el interior del bolsillo interior de su chaqueta.

-Un material soberbio -dijo, tendiéndole un paquetito de papel-.Muy inspirado. Úsalo y crece. ¿Estás segura de que estás bien?

Elaine cerró la puerta.

El cerrajero prometió ir al día siguiente, o el otro.

Elaine reemplazó la cadena con una de la puerta del cuarto de baño, martilleó para su propia tranquilidad los cerrojos retorcidos e inútiles y luego colocó una silla de madera contra el pomo. Sintiéndose mejor, se puso unos leotardos y probó un gramo de esto y lo otro.

Estaba trabajando bastante duro, y el aerógrado sonaba un poco fuerte, aunque su estéreo debería haber apagado la mayoría de los ruidos de fuera en cualquier caso.

-Ese azul -dijo Kane a sus espaldas-. Atractivo, desde luego..., pero ¿por qué? Me impresiona lo antagónico de los tonos de carne que has mezclado tan laboriosamente para confundir la cara de los dos amantes.

Elaine no gritó. Nadie podría oírla. Se dio la vuelta con mucha cautela. Un amigo le había dicho cómo tenía que reaccionar en esas situaciones.

-¿Eres crítico de arte?

La silla estaba aún apoyada contra la puerta. Tal vez estaba un poco ladeada.

-Simplemente un diletante -mintió Kane-. Un patrón interesado en las artes durante muchos años. Ésa no es una estructura femenina.

-No tiene que serlo.

-Posiblemente no.

-Mi novio está al llegar. Va a traer algunos compradores. ¿Les estás esperando?

-Blacklight se puso en contacto conmigo. Pensó que te gustaría algo más fuerte que te ayudara a terminar tu colección.

Elaine suspiró. Él era grande, muy grande. En el interior de su gabardina abrochada habrían cabido dos personas como ella y un paraguas. Un camello amigo de Blacklight, fue su primer pensamiento. Aún no habían decidido si eran matones de la mafia o sus sustitutos en el lucrativo negocio de la droga. Era una cabeza más bajo que Blacklight, pero probablemente pesaba más. No tenía grasa. Sus movimientos le recordaron a Elaine los de su instructor de karate. Su cara, aunque no tenía cicatrices, recordaba la de un delantero de la liga que hubiera suspendido su carrera como anunciante. Su pelo y su corta barba eran un poco más oscuros que su cresta a lo Grace Jones. No le gustaron sus ojos azules y rápidamente retiró la mirada.

-Toma -dijo Kane.

Tomó de su mano afilada un frasco de cristal que contenía unos dos gramos: el típico material que se vendía en las esquinas, con una cucharilla unida por una cadena de aluminio.

-¿Cuánto?

Había una lata de Mace en el cajón bajo el teléfono. No pensaba que sirviera de nada.

-Es un lote nuevo -dijo Kane, sentándose en el brazo del sofá más grande. Balanceó su peso, pero ella retrocedió-. Un intento de recrear una droga perdida hace mucho tiempo. Perfectamente legal.

-¿Cuánto tiempo?

-Antes de lo que podrías recordar. Es una especie de superanfeta.

-¿Superanfeta?

Kane terminó de hundirse en el sofá, que sostuvo su peso.

-¿Puedes recordar todo lo que te ha sucedido, o que hayas hecho, durante las últimas cuarenta y ocho horas?

-Claro.

-Dime qué pasó a las once y media de esta mañana.

-De acuerdo. -Elaine estaba dispuesta a atreverse-. Estaba en la ducha. Había estado despierta toda la noche, trabajando en las pinturas para la exposición. Llamé al contestador automático de mi agente, luego tomé una ducha. Pensé que probaría un poco de marihuana antes de volver al trabajo.

-Pero ¿en qué estabas pensando a las once y media de esta mañana?

-En la exposición.

-No.

Elaine decidió que era demasiado arriesgado saltar hacia el teléfono.

-He olvidado en qué estaba pensando exactamente -concedió-. ¿Quieres un poco de café? -el café hirviendo en la cara podría servir.

-¿En qué pensabas anoche a las nueve y cuarenta y dos minutos? -Estaba preparando café. ¿Quieres un poco...?

-A las nueve y cuarenta y dos. Exactamente entonces.

-Está bien. No lo recuerdo. Estaba jugueteando con el mando del televisor, creo. Tal vez estaba ensimismada.

-Lagunas -dijo Kane.

-¿Qué?

-Grietas. Piezas perdidas. Momentos perdidos de la memoria. Tiempo perdido de la consciencia, y, por tanto, de la vida. ¿Dónde? ¿Porqué?

Hizo girar el frasquito en su ancha palma.

-Nadie recuerda verdaderamente todos los instantes de la vida. Siempre hay momentos olvidados, ensimismamientos, distracciones..., como quieras. Es tiempo perdido de la vida. ¿Dónde va? No se puede recordar. Ni siquiera se puede recordar haber olvidado ese momento. Parte de la vida se pierde en momentos vacíos, en lapsos de consciencia total. ¿Adónde va la mente consciente? ¿Y por qué?

»Esto -agitó el frasquito hacia ella-... removerá esos momentos perdidos. Nada de lagunas en tu memoria, nada de preguntarte dónde pusiste las llaves del coche, dónde dejaste las gafas de sol, quién llamó antes del almuerzo, qué había en tu mente cuando te despertaste. Mejor que las anfetas o la coca. Total consciencia de tu consciencia. No más lagunas.

-No tengo dinero a mano.

-No hay cargo. Piensa que es una muestra de prueba.

-Ya sé..., la primera es gratis.

-Eso se supone que es un espejo, ¿verdad? -Kane regresó a la pintura sin terminar-. El azul me hizo pensar en agua. Es alguien haciendo el amor a un reflejo.

-Alguien -dijo Elaine.

-¿Narciso?

-Yo lo llamo Lámelo hasta que sangre. -Intentaré asistir a la exposición.

-No habrá ninguna a menos que la gente me deje trabajar en paz.

-Entonces me marcho -Kane pareció haberse puesto de pie sin que nunca se hubiera levantado de la silla-. Por cierto, yo no me pincharía con eso. Nuevo equipo de laboratorio. Nunca se sabe qué impurezas puede haber.

-De todas formas, no me gusta pincharme -le dijo Elaine, metiendo la nariz en el frasquito con la cucharilla adosada. Olisqueó con cuidado, no sintió quemazón. Bastante limpio. Llenó la cucharilla otras dos veces.

Cerró los ojos e inhaló profundamente. De inmediato pudo sentir un zumbido. Confiaba que Blacklight le hubiera proporcionado algo bueno. Estaba preparando otra cucharilla cuando se dio cuenta de que estaba sola una vez más.

Blacklight aseguró el cerrojo del contenedor de industrias químicas y terminó su cerveza. El cuerpo del antiguo propietario del laboratorio experimental se había doblado dentro bastante bien. Al foso de residuos ilegales con los otros. Algunos idiotas no saben decir de qué lado sopla el viento.

-¿De verdad aterrizaste en un platillo volante? -preguntó, rebuscando otra cerveza en el frigorífico.

Kane observaba un cromatrograma.

-Claro. Parecía un tapacubos de un Chrysler 3000 de 1957. Blacklight reflexionó mientras bebía su cerveza. La chica más guapa de su instituto... su familia había tenido un convertible blanco 3000. ¿Habría alguna conexión?

-Entonces, ¿cómo es que hablas tan bien inglés?

-Fui el doble de Tor Johnson en Plan 9 del Espacio Exterior. Había que hacer cientos de tomas antes de que saliera bien.

Blacklight pensó al respecto.

-¿Conociste a Bela Lugosi?

Kane contempló el monitor del ordenador mientras tecleaba la consola.

-Tengo que conseguir un equipo mejor. Hay un grupo metido en alguna parte donde no debería estar.

-¿Es malo?

-Podría serlo. Empieza a pensar en otro conejillo de Indias.

Al principio fue consciente de sus manos.

Era la 1.01.36 A.M., decía el reloj digital junto a su cama. Dejó de pintar y consideró sus manos. Estaban manchadas de tabaco y pintura, y sus uñas necesitaban un arreglo. ¿Cómo podía esperar crear con unas manos así?

Elaine se miró las manos durante cuarenta y tres segundos y no encontró ninguna evidencia de mejora. La base de su cráneo tampoco se sentía bien; tintineaba, como cuando su cresta mohawk empezó a crecer el año pasado. Tal vez un poco de vino...

Había una botella abierta de Liebfraumilch en el frigorífico. Se sirvió un vaso, lo probó y lo hizo a un lado con disgusto. Elaine pensó en el vino durante los siguientes ochenta y seis segundos, leyendo dos veces la etiqueta. Mentalmente, anotó que nunca volvería a comprarlo. Rebuscó en un bote lleno de paquetes de endulzadores artificiales, encontró media tableta y la mezcló con el vino.

Volvió a Lámelo hasta que sangre y trabajó furiosamente, con total concentración y con insatisfacción creciente durante la siguiente hora, treinta y un minutos y dieciocho segundos.

La piel le picaba.

Elaine contempló la pintura durante otros siete minutos y diecinueve segundos.

Decidió telefonear a Allen.

Le contestó una grabación. El número que había marcado ya no estaba en funcionamiento. Por favor...

Elaine trató de visualizar a Allen. ¿Cuánto tiempo había pasado? La piel le picaba.

¿Le había dejado ella o le había abandonado él? ¿Importaba realmente? Ella le odiaba. Siempre lo había odiado. Odiaba todo lo que había sido anteriormente.

Sentía el cuerpo extraño, como si fuera el cuerpo de un desconocido. El leotardo le estaba lastimando la entrepierna. Estúpido diseño.

Elaine se quitó el leotardo y las bragas. La piel aún le picaba. Como la angustia de la transformación de una oruga. La angustia vital de la vida anterior. ¿Odiaba la oruga a la polilla?

Pensó en Allen. Pensó en sí misma. Amor y odio.

Había un espejo de cuerpo entero en la puerta de su ropero. Elaine contempló su reflejo y se acarició los pechos y la entrepierna. Se acercó más, y se apretó contra el espejo, frotándose contra su reflejo. Haciéndose el amor a sí misma.

Y odiando.

Apretada contra su reflejo, Elaine no pudo ignorar las finísimas cicatrices donde la cirugía plástica había implantado silicona en lo que habían sido una vez sus planos pechos. Al acariciarse su vagina quirúrgicamente construida, Elaine no pudo reprimir los recuerdos de su operación de cambio de sexo, la consciencia de su antigua masculinidad.

Recordó cada instante. De alegría. De dolor. De ansia. De furia. De odio. De autorrepulsión.

De ser Allen.

Sus dedos golpearon su reflejo, reduciéndolo a un centenar de momentos frágiles.

La sangre manó de sus puños, corrió por sus brazos, marcó surcos por sus pechos y su vientre.

Lamió su sangre, y la encontró buena. Vertida para sí misma. Agarrando quebradizos trozos de espejo, Elaine regresó junto a su pintura sin terminar. Permaneció ante las dos figuras de tamaño natural, odiando y amando lo que había creado.

Sus puños se dirigieron hacia el lienzo, reduciéndolo a una loca secuencia.

Toma. Éste es mi cuerpo. Lo entrego para mí.

Blacklight estaba terminando una pizza fría de anchoas y aceitunas negras. Observó sus manos manchadas de grasa y se las limpió en los tejanos. Las manchas se intercambiaron, variando poco el statu quo. Se lamió los nudillos tatuados hasta dejarlos limpios.

Estaba lloviendo en algún lugar, porque el tejado del viejo almacén se alejaba monótonamente de la luz. Observó a Kane. Tal vez el gorila enjaulado de Lionel Atwill estaba suelto en el laboratorio. Tal vez Rondo Hatton como Mister Hyde.

-Entonces, ¿qué son las lagunas?

Kane estaba estudiando un catálogo de suministros bioquímicos. -Grietas. Cavidades. Espacios en blanco.

-Los espacios son importantes -dijo Blacklight. Juntó sus puños manchados de pizza y frotó los nudillos-. ¿Sabes cómo funcionan las bombas atómicas?

-Solía construirlas -dijo Kane-. Están pasadas de moda.

-Coges dos puñados de plutonio o de algo -le informó Blacklight-. Grandes como tu puño. Ahora bien, si dejas espacio entre ellos, estás a salvo. Pero... -hizo chocar sus nudillos entre sí-, quita los espacios, júntalos. Masa crítica. Cataplum.

Remarcó la información con un eructo explosivo.

-Por eso siempre tiene que haber espacios en medio -concluyó-. Como las dos mitades del cerebro. Id y Ego. Yin y Yang. Masculino y Femenino. Incluso en tus pensamientos hay que tener esos lapsos: momentos para divagar, para olvidar, para no darte cuenta. ¿Qué pasa cuando llenas todas las lagunas?

-Masa crítica -dijo Kane.

El espejo era una puerta, nublada y resbaladiza por el sabor de la sangre. Agarrando furiosos fragmentos de cristal, Allen y Elaine esperaban en lados opuestos, cada uno esperando que el otro la atravesara.